

y el agua jubilosa del torrente
da más espumas cuanto más golpeada!

¡Oh! cándida ilusión, místico anhelo
que subes al azul por lo divino!

¡Das á las ondas claridad del cielo;
á los boscajes, el temblor del vuelo,
y á las auroras, la piedad del trino!

¡Oh, sembrador!, que buscas en la rama
la flor de fuego que la savia atiza,
haz de tu ensueño, lírico oriflama:
¡como secreta floración de llama
bajo el albo crespón de la ceniza!

¡Jardinero que ves en la florida
pascua del polen el plumaje leve
de Floreal! Tú pasas por la vida
como beso de amor sobre una herida,
como lucero blanco por la nieve!

Tu corazón en el perfume sella
todo lo que refulge como el astro
que en el plumón de luz rompe y destella,
y en mediodía es sol, y en noche, estrella...

¡Tu corazón es dalia de alabastro!
Canta al Amor! Ya están los marfileños
copos de escarcha desplegando galas,
y pájaros los nidos abrileños...

¡Tu labor es ideal! cuidar ensueños,
abrir los lirios y dorar las alas!
Y bien quisiera darte en mis anhelos
todas mis esperanzas y mis rimas.
En el azur, los dos somos gemelos:
Tú naciste, Señor, para los vuelos,
Yo, como tú, nací para las cimas!

NÚMERO 131.

Discurso pronunciado por el señor Licenciado don Ezequiel A. Chávez, Subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, en el acto de la inauguración de la Escuela Nacional de Altos Estudios, el 18 de septiembre de 1910.

Señor Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes:
Señores Delegados de las Universidades:
Señoras y señores:

Desde los siglos remotos en que, guiado por el águila mítica de los tenocxa, el pueblo mexicano vino á establecerse aquí, en medio de un lago que lentamente ha llegado á ser nuestra ciudad actual; desde antes, sin duda, los más lejanos antepasados nuestros habían comprendido la importancia suprema de una educación sistemática, y prueba de ello es que, para levantar á sus hijos al mismo nivel de los demás, para desarrollar en ellos las fuertes virtudes cívicas de su raza, habían fundado escuelas.

A su vez, el pueblo español, á medida que fué conquistando la tierra mexicana, fundó escuelas también: ésta misma en que hoy nos encontramos fué una de ellas; y en ellas y por ellas intentó lo mismo

que el gran pueblo azteca: transmitir á las generaciones nuevas los ideales, las esperanzas, las ambiciones de los fundadores.

El pueblo actual, á su turno, el que Hidalgo llamó á la vida autonómica, y en el que se unen las viejas razas indígenas y la de los conquistadores como dos raudales que forman un río, como dos raíces que forman un tronco, ha creído también siempre en la virtud redentora de las escuelas, y si no fundó desde luego, si no ha fundado aún todas las que le son indispensables, es porque su primera necesidad, apenas hubo realizado su emancipación política, consistió en realizar también la emancipación civil de sus hijos, haciendo que todos tuvieran iguales derechos, y no pudo lograr esto sino acabando con todos los privilegios de clases, suprimiendo las propiedades de las manos muertas, asegurando, en fin, para todos, la suprema libertad de las almas, la libertad de la conciencia.

La lucha por la emancipación política había conmovido hasta en sus cimientos todo el edificio de la sociedad colonial, había arrancado de cuajo sus puertas, había echado por tierra sus almenas, y en gigantescos alaridos de muerte había pasado al través de él, lanzando gritos supremos de libertad; pero el edificio seguía en pie cuando la emancipación política quedó consumada: sus mismos firmes baluartes estaban allí, mordidos apenas por las balas; sus cerrojos, sus cadenas, subsistían; la libertad del pensamiento, la libertad civil, seguían aún prisioneras en la vieja Bastilla.

Para emanciparlas prosiguió la lucha hasta el año glorioso en que la República volvió á señorearse triunfalmente de la ciudad de México: el último episodio de la guerra que por más de medio siglo se libró en nuestra Patria, fué la intervención que promovieron y apoyaron los enemigos de la libertad con la vana esperanza de salvar así de la ruina inminente el caduco palacio donde había gobernado la intolerancia.

Pero apenas se hubo derrumbado el último muro que quedaba en pie en Querétaro, apenas había caído, con golpe tal que repercutió al través del mundo, cuando la República, libre al fin, procedió á reorganizar los instrumentos de su progreso, los establecimientos de enseñanza.

Existían ciertamente desde antes, desde los tiempos coloniales, y no habían cesado de producir sus frutos: eran las facultades de derecho, de medicina, de ingeniería, las escuelas de bellas artes, no sólo en la Capital del país, sino en puntos diversos de su territorio; pero sumaban en ellas mismas, incompleta, su educación secundaria, y carecían en buena parte de un amplio cimiento de educación popular; erigíanse en el vasto desierto de instituciones educativas de la República, como orgullosas y solitarias torres cuyos muros, parcialmente decrepitos, amenazaban desplomarse.

El genio coordinador del egregio filósofo á quien Juárez encomendó la obra de salvar las viejas instituciones educativas y de darles vida nueva, hizo pasar sus vacilantes organismos inconexos á un estado de coordinación sistematizada: les dió por base uniforme una institución antes desconocida, la Escuela N. Preparatoria, que condensó las orientaciones netamente científicas de la educación secundaria, y que fué luego el alma máter de todas las escuelas similares del país; por ende, el alma máter de todos los espíritus directores del movimiento ascensional de México hacia el progreso.

Desde entonces empezaron á señalarse como necesidades ingentes las que consistían en crear centros específicos de investigación científica mexicana, que fueran como luces encendidas allá arriba, en lo

alto de los establecimientos de educación profesional, más allá todavía, y que, desde las alturas, enviaran á la tierra sus rayos.

La República, no obstante, no realizó desde luego cuanto en germen iniciaba al reorganizar sus grandes establecimientos de enseñanza, porque no le podía bastar haber asegurado su emancipación política á costa de inmensos sacrificios, ni haber conquistado su emancipación civil y moral por medio de luchas gigantescas; sino que le era indispensable alcanzar, además, una situación económica tal, que le permitiera fundar cada día mejores y más numerosos institutos de educación. Su labor, sin embargo, no se ha detenido, y, después de las grandes piedras angulares puestas por el indio admirable que sustenta y anima toda la parte central de nuestra historia, las instituciones de investigación científica han venido fundándose, una á una, por el egregio continuador de la obra de Juárez, por el gran Presidente que luchó primero en los campos de batalla para asegurar la libertad de México y que hoy ha tenido la fortuna inmensa de entonar el peán soberano cantado por la Patria en honor de sus padres preclaros.

Sobre la plataforma cada vez más extensa de los establecimientos encargados de realizar la educación popular; sobre las escuelas preparatorias, que han educado ya á varias generaciones con un solo criterio, el de la ciencia, y con tres grandes amores, el de la Patria, el de la humanidad y el del progreso; sobre las escuelas profesionales, en fin, han ido erigiéndose las instituciones de investigación científica, más arriba que todas las escuelas, no por la amplitud de su acción, sino por la intensidad de su esfuerzo, porque son y tienen que ser las sondas audaces que asciendan al cielo oscuro de lo desconocido.

Nacieron, sin embargo, inconexas, desligadas, incoherentes; han vivido ignorándose parcialmente, y es tiempo, al fin, de que coordinen sus esfuerzos. El Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, cuya obra admiramos todos, ha ideado ligarlas en una sola institución vasta y armónica, la Escuela N. de Altos Estudios, que hoy vengo á saludar en vuestra presencia.

No basta, en efecto, para realizar la obra suprema de levantar hasta el cielo el alma de los mexicanos, con tener las escuelas comunes: las escuelas comunes conservan y transmiten el saber adquirido; contra la voracidad de las tinieblas que en torno de la llama intentan devorarla, defienden las conquistas alcanzadas; las entregan fielmente á soldados leales que las perpetúen; pero se necesita más todavía: es forzoso seguir el descubrimiento eterno del infinito; es necesario continuar emancipándonos de la ignorancia; no sólo de la que muchos, los ignaros, tienen, en cuanto á lo ya descubierto, sino de la que todos, aún los mismos sabios sufren, respecto de lo que nadie sabe, de lo que está por descubrirse. Para hacer los estudios superiores que en México tengan por fin último nuevos descubrimientos, se funda hoy la Escuela que aquí nos reúne, y que será la clave del arco inmenso formado ya por los institutos científicos mexicanos y por los cursos de especialistas de nuestras escuelas profesionales. Esos institutos han alcanzado vida gloriosa. El Observatorio Astronómico Mexicano está allí, desde hace más de treinta años, para descubrir las maravillas de nuestro cielo: va descubriéndolas; sigue en su viaje de luz á los astros que por encima de nuestra tierra vuelan; los cuenta, los mide; les envía, si posible fuera, y recibiría de ellos, mensajes futuros.

El Observatorio Meteorológico ha venido trabajando y continúa

su incesante labor para reconocer en sus más nimios elementos nuestra envoltura gaseosa, esta sutil y transparente camisa de gases, tantas veces rota en el primer siglo de vida de nuestra Patria por los regueros de muerte de las granadas.

La Comisión Geográfica Exploradora va midiendo palmo á palmo el territorio; va cubriéndolo con la red inmaterial de las coordenadas cartas geográficas, por las que la conciencia colectiva se hace más luminosa, más potente.

La Comisión encargada de estudiar la flora y la fauna nacionales, el Museo Nacional de Historia Natural, las estaciones agrícolas experimentales están haciendo entrar en nuestro pensamiento, como á nuestros hermanos inferiores, á todos los seres que, como nosotros, son hijos de México; que viven en el aire de México, en la tierra de México, en los ríos y en los lagos de México; á los árboles, cuyo cuerpo generoso y fuerte utilizamos para nuestras casas y nuestros muebles; á las plantas y á los animales, cuya substancia nos sirve para nutrirnos; al águila triunfal, en fin, emblema de nuestros destinos, nacida en la árida cama de una roca y enviada luego al cielo para vivir en la luz y no encontrar cima ninguna, por alta que sea, que pueda detener su vuelo poderoso.

El Instituto Geológico, igualmente, ha emprendido ya, con admirable buen suceso, el estudio de nuestras rocas y va descubriendo las capas sucesivas que forman el cuerpo mismo de nuestra Patria; averigua cuáles son las grandes arrugas que en ella se han formado por la contracción tangencial del planeta, por su enfriamiento progresivo; investiga cuáles son los campos hundidos en virtud de la potente acción radial que hacia el centro converge y que obliga á caer en fracturas estupendas vastos espacios terráqueos; va definiendo dónde están y cómo han surgido, por intrusión, hacia arriba, rocas antes fundidas en las entrañas del globo y que se erigieron como agudos puñales perforando el cuerpo terrestre, bajo la presión de las tierras vecinas, como si en un anhelo estupendo, á la hora de las catástrofes, también ellas quisieran ver el cielo.

El Instituto Médico principia á explorar en una de sus secciones las modalidades especiales con que se manifiestan aquí, en nuestras altas mesas y en nuestras ardientes latitudes, los fenómenos físico-químicos, y va encarándose progresivamente con el intrincado y difícil nexus de la vida, tal como se produce en las varias zonas y en las diversas altitudes de nuestra Patria, para definir de qué manera influyen sobre ella el cielo y la tierra de México, el aire, la luz y el calor, los agentes todos existentes, y cómo ella reacciona en cada planta, en cada animal, en cada ser vivo, para realizar ese perpetuo pasmo de equilibrio móvil, constantemente hecho, deshecho y rehecho, que constituye el fenómeno supremo de relación de los seres animados con cuanto los rodea.

El Instituto Patológico, por su parte, va explorando esas perturbaciones especiales de la vida que llamamos enfermedades; va encontrando en ellas, como lo han encontrado los grandes fisiólogos del mundo, formas características de la vida misma, sus episodios dramáticos; va precisando la influencia peculiar que sobre esas formas, á menudo espantosamente desconcertantes, de la vida, tiene nuestro medio mexicano, y la reacción que en él se determina por las enfermedades mismas.

El Instituto Bacteriológico, á su vez, persigue el misterio de lo innombrablemente pequeño é innombrablemente poderoso; su mundo multiforme de vidas minúsculas tiene como campo de acción el de las

batallas que por millones los seres invisibles libran, sin cesar, con el macrocosmos; es aquí su investigación especial, la de las formas en que esas vidas y esas batallas se modifican, porque estamos en México, porque somos de México, porque México, como cada comarca bien caracterizada del globo, transforma cuanto á ella se refiere, dándole fisonomía particular y expresión propia.

El Museo Nacional y las Inspecciones Generales de Monumentos Arqueológicos é Históricos inician, en fin, en estos momentos, han iniciado en los últimos años, no sólo la piadosa conservación de las páginas del prodigioso libro de nuestro pasado, rotas, desfiguradas, en parte deshechas y diseminadas á todos los vientos, en todos los lugares de la República, de modo tal que en cada átomo del polvo de nuestra Patria hay un átomo que ha sufrido, que ha vivido, que vive aún y en el que existe el sello material de alguno de los formadores, obscuro ó glorioso, de nuestra historia; sino también el estudio de esa vida y su evocación cada vez más completa, para restituirlas á nuestras conciencias, con todas las angustias de las horas trágicas, con todas las transfiguraciones de las horas de luz.

Nuestros institutos de investigación científica han hecho ya, pues, excelente labor; han nacido, sin embargo, han trabajado hasta ahora, y tienen que trabajar aún, con fines inmediatamente utilitarios; las estaciones agrícolas experimentales estudian los campos del país, las condiciones de los cultivos y los medios de mejorarlos, no por saber solamente, no por puro amor á la ciencia, sino por mejorar desde luego las circunstancias en que se haga el aprovechamiento del suelo. El Instituto Geológico ha estudiado nuestras rocas, sobre todo para dar bases científicas incommovibles á la minería, á esta fuente colosal de recursos mexicanos; el Instituto Médico tuvo su primer origen en el deseo de encontrar en los productos vegetales del país medicamentos que curaran nuestras dolencias corpóreas; el Instituto Patológico busca, por su parte, como el Bacteriológico, los orígenes de varias de las más terribles enfermedades, á fin de librarnos de ellas, y el Bacteriológico fabrica y ha fabricado ya sumas enormes de productos, para vencer con ellos á la muerte.

Estas y otras empresas admirables no son por sí solas cuanto es necesario; es forzoso, por una parte, coordinar los frutos de las investigaciones que con fines utilitarios vayan haciendo los institutos ya existentes; es necesario, por otra parte, emprender nuevas investigaciones y proseguir las iniciadas, para acrecentar siempre, más y más, los conocimientos que tenemos en cuanto á nuestro cielo, nuestra atmósfera, la litósfera que nos sustenta, la vida en toda su complejidad, el alma mexicana aislada ó múltiple, el hombre, los grupos étnicos, las características psíquicas y sociales, los efectos de los unos sobre las otras, la historia, en fin, origen de nuestra vida actual y de nuestra vida futura; es forzoso completar todo esto con el estudio sistemático de cuanto puede abarcar el pensamiento humano: las ciencias exactas físicas y naturales; las ciencias que á la humanidad describen en su vía ascendente, para alcanzar el progreso por las manifestaciones superiores del pensamiento y del arte, y que por eso se llaman humanidades; las ciencias sociales, por último, encargadas de averiguar cómo se articulan, se desarrollan y prosperan, ó se debilitan y sucumben, las sociedades.

Hacer, por lo mismo, la coordinación de los institutos de investigación ya creados y agruparlos en torno de un organismo nuevo en el que estudios especiales permitan subir á un nivel más alto las enseñanzas de las escuelas preparatoria y profesionales; formar á los pro-

fesores futuros de esas escuelas, y abrir siempre más vasto campo á los trabajos de investigación científica, es el triple fin que se propone llevar á cabo la Escuela que hoy inauguramos; sin embargo, al ligar armónicamente las labores de los institutos ya existentes, tiende entre ellos solamente un lazo inmaterial: ni amengua sus libertades propias, ni reduce la acción de los centros gubernamentales de que dependen.

En la nueva Escuela, como en los antiguos institutos, espíritus selectos estudiarán, seguirán estudiando lo desconocido, intentarán ver las luces invisibles que en el seno de la tiniebla existen, y las mostrarán luego á todos.

Su labor se unirá á la de los sabios que en cada uno de los países cultos pugnan por arrancar el velo que oculta los misterios de la naturaleza; traspasará las fronteras, y ofrecerá á la humanidad el fruto de su esfuerzo.

La Escuela que así se propone completar la grande obra hecha ya por nuestras instituciones de investigación científica, se funda en el mes y el año en que conmemoramos solemnemente la libertad de México; se establece en la Patria de Hidalgo, para seguir, como las otras escuelas, realizando la obra inmortal del creador de nuestra Independencia, redimiéndonos de esa forma de la esclavitud que aun subsiste, la ignorancia; y se propone hacer más aún que las otras escuelas: se propone ofrecer cada conquista que alcance sobre la ignorancia al mundo entero.

Y ahora, para finalizar estas breves palabras destinadas á expresar en qué consiste la esencia misma de la nueva institución que hoy fundamos, permitidme decirlo:

Trabajadores excelentes que habéis dado ya lo mejor de vuestra vida á la investigación científica en los institutos mexicanos; trabajadores que venís de fuera de esos institutos, de allende los mares para dar aquí vuestras energías á la ciencia; alumnos que acudiréis á sus clases con el ánimo de aprender en ellas á tener la imaginación creadora de los sabios, que permite prever lo que aun no se sabe; la desconfianza de esa imaginación, la lógica estricta, y la experimentación rigurosa, que comprueben si la imaginación ha acertado; acordáos siempre: la Escuela en que trabajaréis, la Escuela N. de Altos Estudios, va á buscar verdades desconocidas, pero las buscará y las encontrará para que nuestra Patria las ofrezca á la humanidad toda; las buscará y las encontrará para que el dolor, el implacable dolor que á los humanos persigue, sea vencido; para que la enfermedad retroceda; para que el error y el vicio sucumban.

Que vuestro lema sea el que condensa las dos aspiraciones supremas: *por la Patria, por la humanidad.*

NÚMERO 132.

Discurso pronunciado por el señor Licenciado don Justo Sierra, Secretario de Estado y del Despacho de Instrucción Pública y Bellas Artes, en el acto de la inauguración de la Universidad Nacional de México, el 22 de septiembre de 1910.

Señor Presidente de la República:

Señoras:

Señores:

Dos conspicuos adoradores de la fuerza transmutada en derecho, el autor del «Imperio Germánico» y el autor de la «Vida Estreña»; el

que la concebía como instrumento de dominación, como el agente superior de lo que Nietzsche llama «la voluntad de potencia», y el que la preconiza como agente de civilización, esto es, de justicia, son quienes principalmente han logrado imbuir en el espíritu de todos los pueblos capaces de mirar lo porvenir, el anhelo profundo y el propósito tenaz de transformar todas sus actividades: la mental, como se transforma la luz; la sentimental, como se transforma el calor, y la física, como se transforma el movimiento, en una energía sola, en una especie de electricidad moral que es propiamente la que integra al hombre, la que lo constituye en un valor, la que lo hace entrar como molécula consciente en las distintas evoluciones que determinan el sentido de la evolución humana en el torrente del perenne devenir.

Esta resolución de ser fuertes, que la antigüedad trajo por resultados magníficos en grupos selectos y que entra ya en el terreno de las vastas realizaciones por nacionalidades enteras, muestra que el fondo de todo problema, ya social, ya político, tomando estos vocablos en sus más comprensivas acepciones, implica necesariamente un problema pedagógico, un problema de educación.

Porque ser fuertes, ya lo enunciamos, es, para los individuos, resumir su desenvolvimiento integral, físico, intelectual, ético y estético, en la determinación de un carácter. Claro es que el elemento esencial de un carácter está en la voluntad; hacerla evolucionar intensamente, por medio del cultivo físico, intelectual, moral, del niño al hombre, es el soberano papel de la escuela primaria, de la escuela por antonomasia; el carácter está formado cuando se ha impreso en la voluntad ese magnetismo misterioso, análogo al que llama á la brújula hacia el polo, el magnetismo del bien. Cultivar voluntades para cosechar egoísmos, sería la bancarrota de la pedagogía; precisa imantar de amor á los caracteres; precisa saturar al hombre de espíritu de sacrificio, para hacerle sentir el valor inmenso de la vida social, para convertirlo en un ser moral en toda la belleza serena de la expresión; navegar siempre en el derrotero de ese ideal, irlo realizando día á día, minuto á minuto, he aquí la divina misión del maestro.

La Universidad, me diréis, la Universidad no puede ser una educadora en el sentido integral de la palabra; la Universidad es una simple productora de ciencia, es una intelectualizadora; sólo sirve para formar cerebrales. Y sería, podría añadirse entonces, sería una desgracia que los grupos mexicanos ya iniciados en la cultura humana, escalonándose en gigantesca pirámide, con la ambición de poder contemplar mejor los astros y poder ser contemplados por un pueblo entero, como hicieron nuestros padres toltecas, rematase en la creación de un adoratorio en torno del cual se formase una casta de la ciencia, cada vez más alejada de su función terrestre, cada vez más alejada del suelo que la sustenta, cada vez más indiferente á las pulsaciones de la realidad social turbia, heterogénea, consciente apenas, de donde toma su savia y en cuya cima más alta se enciende su mentalidad como una lámpara irradiando en la soledad del espacio!

Torno á decirlo: esto sería una desgracia; ya lo han dicho psicólogos de primera importancia. No, no se concibe en los tiempos nuestros que un organismo creado por una sociedad que aspira á tomar parte cada vez más activa en el concierto humano, se sienta desprendido del vínculo que lo uniera á las entrañas maternas para formar parte de una patria ideal de almas sin patria; no, no será la Universidad una persona destinada á no separar los ojos del telescopio ó del microscopio, aunque en torno de ella una nación se desorganice;

no la sorprenderá la toma de Constantinopla discutiendo sobre la naturaleza de la luz del Tabor.

Me la imagino así: un grupo de estudiantes de todas las edades sumadas en una sola, la edad de la plena aptitud intelectual, formando una personalidad real á fuerza de solidaridad y de conciencia de su misión, y que, recurriendo á toda fuente de cultura, brote de donde brotare, con tal que la linfa sea pura y diáfana, se propusiera adquirir los medios de nacionalizar la ciencia, de mexicanizar el saber. El telescopio, al cielo nuestro, sumario de asterismos prodigiosos en cuyo negror, hecho de misterio y de infinito, fulguran á un tiempo el Septentrión, inscribiendo eternamente el surco ártico en derredor de la estrella virginal del Polo, y los diamantes siderales que clavan en el firmamento la Cruz austral; el microscopio, á los gérmenes que bullen invisibles en la retorta del mundo orgánico; que en el ciclo de sus transformaciones incesantes hacen de toda existencia un medio en que efectuar sus evoluciones; que se embocean en nuestra fauna, en nuestra flora, en la atmósfera en que estamos sumergidos, en la corriente de agua que se desliza por el suelo, en la corriente de sangre que circula por nuestras venas, y que conspiran con tanto acierto, como si fueran seres conscientes, para descomponer toda vida y extraer de la muerte nuevas formas de vida.

Toda ella se agotaría probablemente en nuestro planeta antes de que la ciencia apurase la observación de cuantos fenómenos nos particularizaran y la particularizasen á ella. Nuestro subsuelo, que por tantos capítulos justifica el epíteto de «nuevo» que se ha dado á nuestro mundo; las peculiaridades de la conformación de nuestro territorio constituido por una gigantesca herradura de cordilleras que, emergida del océano en plena zona tórrida, la transforma en templada y la lleva hasta la fría y la sube á buscar la diadema de nieve de sus volcanes en plena atmósfera polar, y allí, en esas altitudes, colmado el arco interno de la herradura por una rampla de altiplanicies que va muriendo hacia el Norte, nos presenta el hecho, único quizá en la vida étnica de la tierra, de grandes grupos humanos organizándose y persistiendo en existir, y evolucionando y llegando á constituir grandes sociedades, y una nación resuelta á vivir, en una altitud en que, en otras regiones análogas del globo, ó los grupos humanos no han logrado crecer, ó no han logrado fijarse, ó vegetan incapaces de llegar á formar naciones conscientes y progresivas.

Y lo que presenta un interés extraordinario es que, no sólo por esas condiciones el fenómeno social y, por consiguiente, el económico, el demográfico y el histórico tienen aquí formas *sui generis*, sino los otros fenómenos, los que se producen más ostensiblemente dentro de la uniformidad fatal de las leyes de la naturaleza: el fenómeno físico, el químico, el biológico obedecen aquí á particularidades tan íntimamente relacionadas con las condiciones meteorológicas y barológicas de nuestro habitáculo, que puede afirmarse que constituyen, dentro del inmenso imperio del conocimiento, una provincia no autonómica, porque toda la naturaleza cabe dentro de la cuadrícula soberana de la ciencia; pero sí distinta, pero sí característica.

Y si de la naturaleza pasamos al hombre, que, cierto, es un átomo, pero un átomo que no sólo refleja al Universo, sino que piensa, ¡qué tropel de singularidades nos sale al encuentro! ¿Aquí habitó una raza sola? ¿Las diferencias no estructurales, pero sí morfológicas de las lenguas habladas aquí, indican procedencias distintas en relación con una diversidad, no psicológica, pero sí de configuración de y aspecto de los habitantes de estas comarcas? Si no es un centro

de creación este nuestro Continente, ¿á dónde está la cepa primera de estos grupos? ¿hay acaso una unidad latente de este grupo humano que corre, á lo largo de los meridianos, de un polo á otro? Estos hombres que construyeron pasmosos monumentos en medio de ciudades al parecer concebidas por un solo cerebro de gigante y realizadas por varias generaciones de vencidos ó de esclavos de la pasión religiosa, servidores de una idea de dominación y orgullo, pero convencidos de que servían á un dios, también erigieron en sus cosmogonías y teogonías monumentos espirituales más grandes que los materiales; como que tocan por sus cimas, abigarradas al igual de las de sus teocalis, á los problemas eternos, esos en presencia de los cuales el hombre no es más que el hombre, en todos los climas y en todas las razas; es decir, una interrogación ante la noche. ¿Quiénes eran estos hombres, de dónde vinieron, en dónde están sus reliquias vivas en el fondo de este mar indígena sobre que ha pasado desde los tiempos prehistóricos el nivel de la superstición y de la servidumbre, pero que nos revela, de cuando en cuando, su formidable energía latente con individualidades cargadas de la electricidad espiritual del carácter y la inteligencia?

Y la historia del contacto de éstas, que nos parecen extrañas culturas aborígenes, con los más enérgicos representantes de la cultura cristiana, y la extinción de la cultura, aquí en tan múltiples formas desarrollada, como efecto de ese contacto hace cuatrocientos años comenzado y que no acaba de consumarse, y la persistencia del alma indígena copulada en el alma española, pero no identificada, pero no fundida, ni siquiera en la nueva raza, en la familia propiamente mexicana, nacida, como se ha dicho, del primer beso de Hernán Cortés y la Malintzin; y la necesidad de encontrar en una educación común la forma de esa unificación suprema de la Patria; y todo esto estudiado en sus consecuencias, en las series de fenómenos que determinan nuestro estado social, ¡qué profusión de temas de estudio para nuestros obreros intelectuales, y qué riqueza para la ciencia humana podrá extraerse de esos filones, aún ocultos, de revelaciones que abarcan toda la rama del conocimiento de que el hombre es sujeto y objeto á la vez!

Realizando esta obra inmensa de cultura y de atracción de todas las energías de la República, aptas para la labor científica, es como nuestra institución universitaria merecerá el epíteto de «nacional» que el legislador le ha dado; á ella toca demostrar que nuestra personalidad tiene raíces indestructibles en nuestra naturaleza y en nuestra historia; que, participando de los elementos de otros pueblos americanos, nuestras modalidades son tales, que constituyen una entidad perfectamente distinta entre las otras y que el *tantum sui simile gentem* de Tácito puede aplicarse con justicia al pueblo mexicano.

Para que sea no sólo mexicana, sino humana esta labor, en que no debemos desperdiciar un solo día del siglo en que llegará á realizarse, la Universidad no podrá olvidar, á riesgo de consumir, sin renovar, el aceite de su lámpara, que le será necesario vivir en íntima conexión con el movimiento de la cultura general; que sus métodos, que sus investigaciones, que sus conclusiones no podrán adquirir valor definitivo mientras no hayan sido probados en la piedra de toque de la investigación científica que realiza nuestra época, principalmente por medio de las Universidades. La ciencia avanza, proyectando hacia adelante su luz, que es el método, como una teoría inmaculada de verdades que va en busca de la verdad; debemos y queremos tomar nuestro lugar en esa divina procesión de antorchas.

La acción educadora de la Universidad resultará entonces de su acción científica; haciendo venir á ella grupos selectos de la intelectualidad mexicana y cultivando intensamente en ellos el amor puro de la verdad, el tesón de la labor cotidiana para encontrarla, la persuasión de que el interés de la ciencia y el interés de la Patria deben sumarse en el alma de todo estudiante mexicano, creará tipos de caracteres destinados á coronar, á poner el sello á la obra magna de la educación popular que la Escuela y la Familia, la gran escuela del ejemplo, cimentan maravillosamente cuando obran de acuerdo. Emerson, citado por el conspicuo presidente de Columbia University, dice: «la cultura consiste en sugerir al hombre, en nombre de ciertos principios superiores, la idea de que hay en él una serie de afinidades que le sirven para moderar la violencia de notas maestras que disuenan en su gama, afinidades que nos son un auxilio contra nosotros mismos. La cultura restablece el equilibrio, pone al hombre en su lugar entre sus iguales y sus superiores, reanima en él el sentimiento exquisito de la simpatía y le advierte á tiempo del peligro de la soledad y de los impulsos antipáticos.» Y esta sugestión de que habla el gran moralista norteamericano, esta sugestión de principios superiores, de ideas justas transmütibles en sentimientos altruistas, es obra de todos los hombres que tienen voz en la historia, que adquieren voto decisivo en los problemas morales que agitan una sociedad; de estos hombres que, sin saberlo, desde su tumba ó desde su escritorio, su taller, su campamento ó su altar, son verdaderos educadores sociales: Víctor Hugo, Juárez, Abraham Lincoln, León Gambetta, Garibaldi, Kossut, Gladstone, León XIII, Emilio Castelar, Sarmiento, Bjoernson, Karl Marx, para hablar sólo de los vivos de ayer, influyen más y sugieren más á las democracias en formación de nuestros días, que todos los tratados de moral del mundo.

Esta educación difusa y penetrante del ejemplo y la palabra, que satura de ideas-fuerzas la atmósfera de la vida nacional durante un período de tiempo, toca á la Universidad concentrarla, sistematizarla y difundirla en acción; debe esforzarse en presentar encarnaciones fecundas de esos principios superiores de que Emerson habla; debe realizar la ingente labor de recibir en los umbrales de la escuela, en que el maestro ha logrado crear hábitos morales y físicos que orientan nuestros instintos hacia lo bueno, al niño que va á hacer de sus instintos los auxiliares constantes de su razón al franquear la etapa decisiva de la juventud y que va á adquirir hábitos mentales que lo encaminen hacia la verdad, que va á adquirir hábitos estéticos que lo hagan digno de apropiarse la exclamación de Agrippa d'Aubigné:

¡Oh! celeste beauté

Blanche fille du ciel, flambeau d'éternité!

Cuando el joven sea hombre, es preciso que la Universidad ó lo lance á la lucha por la existencia en un campo social superior, ó lo levante á las excelsitudes de la investigación científica; pero sin olvidar nunca que toda contemplación debe ser el preámbulo de la acción; que no es lícito al universitario pensar exclusivamente para sí mismo, y que, si se pueden olvidar en las puertas del laboratorio al espíritu y á la materia, como Claudio Bernard decía, no podremos moralmente olvidarnos nunca ni de la humanidad ni de la Patria.

La Universidad entonces tendrá la potencia suficiente para coordinar las líneas directrices del carácter nacional, y delante de la naciente conciencia del pueblo mexicano mantendrá siempre alto, para que pueda proyectar sus rayos en todas las tinieblas, el faro del ideal, ep un ideal de salud, de verdad, de bondad y de belleza; esa es la an-

torcha de vida de que habla el poeta latino, la que se transmiten en su carrera las generaciones.

¿Tenemos una historia? No. La Universidad mexicana que nace hoy no tiene árbol genealógico; tiene raíces, sí; las tiene en una imperiosa tendencia á organizarse que revela en todas sus manifestaciones la mentalidad nacional, y por eso, apenas brota del suelo el vástago, cuando, al primer beso del sol de la Patria, se cubre de renuevos y yemas, nuncios de frondas, de flores, de frutos. Ya es fuerte, lo sentimos: *fará da se*. Si no tiene antecesores, si no tiene abuelos, nuestra Universidad tiene precursores: el gremio y claustro de la Real y Pontificia Universidad de México no es para nosotros el antepasado, es el pasado. Y sin embargo, la recordamos con cierta involuntaria filialidad; involuntaria, pero no destituida de emoción ni interés. Nació con la Colonia, nació con la sociedad engendrada por la conquista cuando no tenía más elementos que aquellos que los mismos conquistadores proporcionaban ó toleraban; hija del pensamiento del primer Virrey, el magnánimo don Antonio de Mendoza, y del amor infrangible por el país nuevo del santo Padre Las Casas, no pudo venir á luz sino cuando fueron oídos los votos del Ayuntamiento de México, ardientemente secundados por otro gran Virrey que mereció de sus coetáneos el sobrenombre de Padre de la Patria. A corta distancia de este sitio se erigió una gran casa blanca, decorada de amplias rejas de hierro vizecaño, á orillas de uno de esos interminables canales que recorrían en todas direcciones la flamante ciudad y que, pasando por frente de las casas del Marqués (hoy Palacio Nacional), corría á buscar salida por las acequias que cruzaban, como en los tiempos aztecas, la capital de Cortés. Los indígenas que bogaban en sus luengas canoas planas, henchidas de verduras y flores, oían atónitos el tumulto de voces y el bulaje de aquella enorme jaula en que magistrados y dignidades de la Iglesia regentaban cátedras concurrentes, donde explicaban densos problemas teológicos, canónicos, jurídicos y retóricos, resueltos ya, sin revisión posible de los fallos, por la autoridad de la Iglesia.

Nada quedaba que hacer á la Universidad en materia de adquisición científica; poco en materia de propaganda religiosa, de que se encargaban con brillante suceso las comunidades; todo en materia de educación, por medio de selecciones lentas en el grupo colonial. Era una escuela verbalizante; el «psitacismo» que dice Leibnitz, reinaba en ella. Era la palabra y siempre la palabra latina, por cierto, la lanzadera prestigiosa que iba y venía sin cesar en aquella urdimbre infinita de conceptos dialécticos: en las puertas de la Universidad, podíamos decir de las Universidades, hubiera debido inscribirse la exclamación de Hamlet: «palabras, palabras, palabras.» Pero la Universidad Mexicana, rodeada de la muralla de China por el Consejo de Indias elevada entre las colonias americanas y el exterior; extraña casi por completo á la formidable remoción de corrientes intelectuales que fué el Renacimiento; ignorante del magno sismo religioso y social que fué la Reforma, seguía su vida en el estado en que se hallaban un siglo antes las Universidades cuatrocientistas. ¿Qué iba á hacer? El tiempo no corría para ella, estaba emparedada intelectualmente; pero como quería hablar, habló por boca de sus alumnos y maestros, verdaderos milagros de memorismo y de conocimiento de la técnica dialectizante.

Así pasó su primer siglo, ya dueña de amplio y noble edificio que nos hemos visto obligados á destruir para libertarlo de la ruina, cuando daba abrigo á nuestra escuela nacional de música, con ánimo de

restaurarlo, en no lejano tiempo, con su característico tipo arquitectónico y las elegancias artísticas de piedra y madera que lo decoraban y que nosotros guardamos cuidadosamente. La Universidad de Salamanca, que hoy apadrina nuestra Universidad naciente, le dió el tipo de sus constituciones, que pronto quedaron semiasfixiadas por disposiciones parásitas, hasta que se proyectó en sus claustros la noble y batalladora sombra del Obispo Palafox, que lo redujo todo á reglamentos, bien nimios en verdad, pero bien claros y que fueron la norma definitiva de aquella casa de estudios en que la Nueva España intelectual cifró su orgullo, hasta que aparecieron en el horizonte los terribles rivales, los que *ad majorem Dei gloriam* iban á monopolizar toda la educación católica.

Nos envanece con razón de nuestros maravillosos inventos, de nuestros descubrimientos de inimaginable trascendencia; nos estamos encarrando con el Universo en todas sus sombras; perseguimos el misterio de todas las cosas, hasta en los círculos más retirados de la noche del ser; pedimos á la ciencia la última palabra de lo real, y nos contesta y nos contestará siempre con la penúltima palabra, dejando entre ella y la verdad absoluta que pensamos vislumbrar, toda la inmensidad de lo relativo. En este dominio, cuánto han pululado los hechos nuevos, los fenómenos impensados, las sorpresas de la naturaleza solicitada con ansiedad premiosa por la mente armada de un instrumento superior á la brújula para encontrar nuevos mundos: armada del «método.» El actual período de la revelación humana hace juego con el de la revelación divina, de donde, después del triunfo del cristianismo militante, convertido en catolicismo, nacieron los siglos píos de las órdenes monacales, de los papas teócratas, de las Cruzadas y de la Escolástica. Aquél, el período medioeval, venía de la cruz, del templo, de Dios, y viajó siglos enteros á través del pensamiento, y se perdió en formidable laberinto teológico en busca de la unión metafísica entre las reglas de la conducta humana y la idea divina; buscaba al hombre con la linterna escolástica, cuando la esplendente aurora del Renacimiento apagó la linterna y mostró al hombre: de este hombre compuesto de pasiones, odios y amores, de atracciones y repulsiones, pero reducido por la razón, no por la fe, á una unidad armónica tal como la filosofía pagana lo había concebido, la ciencia nueva partió. Vosotros conocéis los episodios de este periplo asombroso en torno de la verdad por los mares sin playas de que, en visión desoladora, habla Littré; la ciencia, la nueva revelación se atreve á navegar en ellos, rumbo á montañas cada vez más altas, coronadas de misterioso fulgor: al columbrarlas uno de los primates de la ciencia, el eminente físico inglés Thomson, exclamaba ayer en una asamblea de sabios: «¡Grandes son las obras del Señor!» ¿Será que la ciencia del hombre es un mundo que viaja en busca de un Dios?

Pues bien, todos los descubrimientos, incontables ya, que en ese viaje ha logrado la ciencia; las aplicaciones y modalidades de la energía eléctrica que se va convirtiendo á los ojos del filósofo en una suerte de alma del Universo, delante de la cual la materia y el éter parecen simples conceptos de nuestra mente; los que han mostrado la manera de retener en un hilo de cobre un mundo de sonidos que desaparecen con un simple contacto metálico; los que han hecho venir al objetivo del telescopio fotográfico miriadas de astros escondidos en la sombra que hasta hace pocos años un poeta habría calificado de eterna, y los que han traído al ojo del microscopio la inimaginable cantidad de nebulosas orgánicas que componen lo infinitamente pequeño y se descomponen en individuos mejor dotados para propagar la muerte